

LA JUVENTUD LITERARIA.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año VII.

Murcia 6 de Enero de 1895.

Núm. 246.

Suscripción: En Murcia, 50 cts. al mes.
Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio y
periódico 1 peseta al mes.

Director: Ramón Blanco Rojo.

Imprenta y ofeinas: Mariano Padilla, 49.

La correspondencia al director. No se
devuelven los originales. Número suel-
to 10 céntimos.

La Juventud Literaria.

PALIQUE.

El día de hoy cierra el hermoso período de las fiestas de Pascua.

De esas fiestas que son indudablemente las más dulces del año, puesto que en ellas predomina como nota saliente el dulcísimo turrón.

Y que atracción me he dado en algunos escaparates, ¡oh!

En el del restaurant del Comercio, de poco si una noche rompo el cristal.

La verdad sea dicha, que para mirarlo detenidamente, había que ponerse las gafas que tiene Miguel Dubois en la puerta de su establecimiento.

Si me hubiese vuelto mariposa de seguro que hago una de las mias.

A esta fecha, estaría el dueño del restaurant, ó en el manicomio ó en el otro barrio, porque al verse arruinado, de fijo, ó se vuelve loco, ó se pega un tiro.

Pero afortunadamente no me he vuelto mariposa.

Y basta de broma: voy á hablar en serio. El mundo está malo, muy malo, más nunca faltan almas generosas que protejan á los menesterosos.

Para honra de la humanidad y solemne mentis á las afirmaciones de esos filósofos pesimistas, que fingen creer que la sociedad moderna no es mas que una reunión ó conjunto de fieras siempre dispuestas á despedazarse las unas á las otras, es afortunadamente un hecho certísimo que el que no ha podido adquirir por propio recurso el pedazo de turrón, símbolo de las alegrías que comenzaron en Noche-buena, lo ha adquirido por generosidad ajena.

Si, es indudable que en la mesa del más humilde hijo del pueblo ha lucido un pedazo de turrón; no me atreveré en decir si blando ó duro, superior ó inferior en clase, pero turrón al fin.

¡Desgraciado de aquel pudiente que no haya socorrido al menesteroso!

¡Oh y que hermosos recuerdos despierta en nuestra mente el día de hoy!

Nos lleva como por la mano á aquellos bellos días de la infancia en que lucía siempre en nuestro horizonte un cielo sin nubes y un sol esplendoroso.

Todo lo veíamos á través del prisma de nuestros deseos.

Verdad es que, nuestras necesidades eran bien ciertas y nuestras aspiraciones bien modestas.

Una caja de dulces, una caja de soldados, hacían de nosotros los seres más felices de la tierra.

He aquí porque, esta fiesta de hoy, recuerda una de las mayores alegrías de la infancia.

Nos levantábamos antes de la hora acostumburada, en busca de los regalos que esperábamos de aquellos buenos Reyes Magos, que nos habían visitado en la noche anterior.

Y ante aquellos juguetes, ante aquellas golosinas que nos demostraban su afecto y su cariño, gozábamos de la dicha completa, de esa dicha que solo se experimenta en la infancia, porque no hay nada que la empañe ni la turbe.

Bendita una y mil veces seas, oh fiesta de los Reyes, puesto que proporcionas una alegría más á los ángeles de la tierra, que son los niños.

—¿Qué es lo que me van á traer los Reyes?—le decía Filomenita á su mamá los otros días.

—Pues, un nene muy bonito que diga papá y mamá.

—¡Caracoles!—exclamó el marido dando un salto de la butaca en que estaba sentado.—Conque ahora salimos con eso.

—Tranquilízate, esposo mio; ese nene se lo traerán á Filomenita, los Reyes Magos, de «La Dalia Azul».

—Sí mamá; yo quiero un nene, yo quiero un nene—exclamaba la niña con las lágrimas en los ojos.

¡Dichosa tú!... ¡Goza, hija mia, goza con el regalo que te preparan los Reyes, que ya sufrirás del mundo sus amargos desengaños!

Recuerdo que cuando era muchacho deseaba por momentos que llegase el día de hoy, porque los Santos Reyes me ebsequiaban en su fiesta.

Mira Ramoncito,—me decían en casa—esta noche dejarás en el balcón tu zapatito, si quieres que los Reyes te dejen alguna cosa.

Y yo me quitaba el zapatito, que aquí, entre nosotros, era bastante regular, y lo dejaba en el balcón.

Marcha á acostarte, me decían, porque si no los Reyes no van á traerte nada.

Y, lo mismo que un borreguito, me dirigía á mi habitación, para que me acostasen.



¿Qué me traerán los Reyes?... ¿si será un caballo?... No, yo no quiero caballo, que

quiero una culebra de mazapán, una caja de dulces, dos quesos de bola y media docena de salchichones.

Eso sí, lo mismo de chico que de grande, me ha llamado mucho más la atención lo comible que lo no comible.

No hice más que quedarme durmiendo cuando me despertó un ruido extraño.

¡Sí, exclamé, son los Reyes, no cabe duda; ¡ah! ya veo á uno; ¿y sale del cuarto de papá?



¿y abre el balcón? ¿y deja un objeto? ¡Jesús y que Rey tan feo! y me oculté bajo la sábana.

Pasó un buen rato; nada se oía.

¿Qué me habrá dejado? veamos, y dando un salto de la cama me dirigí al balcón, y precipitadamente abrí sus maderos.

¡Oh! Era un utensilio de noche que mi padre puso al aire libre por no poderle tener en su dormitorio.

Ramón Blanco.

CANTARES

I
Podrá existir en el mundo
mujer cual tú de bonita;
pero á graciosa, contigo
no hay ninguna que compita.

II
Mil improperios de mi
salen de tu linda boca,
¿si no me quieres, por qué
los celos te vuelven loca?

III
Quien sufre y puede llorar
es su pena un tanto leve;
desgracia es morir de pena
y ante el mundo estar alegre.

IV
De tanto sufrir por ti
tengo el corazón enfermo,
y sin poderlo evitar
en vez de odiarte, te quiero.

Juan Almagro

Sin apasionamiento

Por invitación del Sr. Martínez Sicluna, voy á echar mi cuarto á espadas en el asunto que vienen tratando los Sres. D. Ramón Blanco y D. Manuel Fernández Ródenas: de otro modo no me mezclaría en tal asunto, pues ya en el último número de este semanario leo un artículo del ilustrado escritor y conocido periodista D. Antonio Pérez Pimentel, y me creo con muy escasas fuerzas para combatir con dicho señor. Mas no por eso voy á desairar al Sr. Sicluna, que, engañadamente, me cree muy competente en materia amorosa, y espera, sin duda, saber mi opinión para entenderse con sus contrarios.

El asunto de que se trata, es el siguiente: «¿Quién ama con más verdad? ¿el hombre, ó la mujer?»

No pienso entrar en discusión: procuraré alejar los minuciosos detalles, concretándome, tan solo, á exponer mi innecesario parecer sobre el bello cuanto difícil problema que hemos señalado.

Para discutir un asunto, sea cualesquiera la índole de éste, es preciso despojarse de todo apasionamiento; si así no se hace, es imposible tecar á la razón.

Háganlo de este modo los que estén en la creencia errónea de que la mujer ama con más verdad que el hombre, y se convencerán, no me cabe duda, de que es todo lo contrario.

No hay necesidad de desvirtuar á la mujer, á la que hemos de reconocer como una joya de indecible valor, ni tampoco señalar sus muchísimos defectos, para decir, que ésta no sabe corresponder al inmenso amor que el hombre le profesa: sería más dable, darse un punto en la boca y pensar como mejor le parezca.

La mujer es orgullosa por naturaleza; no cree nada imposible; todo para ella es un Paraíso. Cuanto vé le es indiferente; cree poder arrostrar los más inminentes peligros; no piensa en las desdichas humanas. Es seña; es dichosa; es invencible.

«La mujer está falta de un sentido; el sentido común». Esto lo dijo un sabio.

Valida del nombre de ángel, con que la revisten los tiernos enamorados y los poetas galantes, la mujer se remonta á lo infinito y deja pasar los sufrimientos que embargan el espíritu del enamorado.

El hombre ¡oh! ¡cuán diferente es el hombre! Este tiene corazón: aquella, también lo tiene, pero es tan duro como una roca.

No hay punto de comparación entre el amor de una madre, ni el de una hermana, ni el de una esposa, al amor de una simple novia: la madre ama á sus hijos, igualmente que se aman los hermanos, porque son de